



estado del país

informe cero

Ecuador
1950-2010



estado del país

Informe cero. Ecuador 1950-2010

Adrián Bonilla Soria, FLACSO, presidente

Milton Luna Tamayo, Contrato Social por la Educación, secretario ejecutivo

© 2011. Estado del país

Comité editorial

Alfredo Astorga, Contrato Social por la Educación

Betty Espinosa, FLACSO Sede Ecuador

Fernando Carvajal, Universidad de Cuenca

Gustavo Solórzano, ESPOL

Milton Luna Tamayo, Contrato Social por la Educación

Margarita Velasco, ODNA

Miriam Aguirre Montero, PUCE

Nelson Reascos, PUCE

Edición: Otto Zambrano Mendoza

Corrección: Eugenia Wazhima

Diseño

y diagramación: Santiago Calero

Fotografías: Portada: Santiago Calero

Pág. 20, 92, 200: Archivo Histórico del Ministerio de Cultura

Pág. 282: Unicef-ECU-1994-0024-CLAVIJO

Apoyo: Gabriela Barba

Impresión: Activa

Primera edición. Mayo de 2011

Impreso en Quito, Ecuador

ISBN: 978-9942-03-589-9

1.000 ejemplares

Esta publicación ha contado con el apoyo de Unicef Ecuador, durante la representación de Cristian Munduate

Los integrantes del Estado del país y Unicef no se hacen responsables de la veracidad o exactitud de las informaciones u opiniones vertidas en esta publicación, ni comparten necesariamente todos los contenidos aportados en la misma.

Se permite la reproducción parcial o total de cualquier parte de esta publicación, siempre y cuando pueda ser utilizado para propósitos educativos o sin fines de lucro, y se indique la fuente de dicha información.

Índice

Siglas	6
Presentación	9
Prefacio	10
Introducción general	13
Cultura	
• La cultura, las culturas y la identidad <i>Nelson Reascos Vallejo</i>	23
• Las políticas culturales del Estado (1944-2010) <i>Fernando Tinajero</i>	29
• Diversidad cultural <i>Luis Montaluisa Chasiquiza</i>	43
• La cultura en el sentido ilustrado <i>Rodrigo Villacís Molina</i>	63
• Las instituciones culturales <i>Carlos Landázuri Camacho y María Patricia Ordóñez</i>	77
Economía	
• Ecuador: la evolución de su economía 1950-2008 <i>Fernando Carvajal</i>	95
• Crisis actual de la economía mundo capitalista <i>Pedro Jarrín Ochoa</i>	105
• La economía ecuatoriana: 1950-2008 <i>Adrián Carrasco Vintimilla, Pablo Beltrán Romero y Jorge Luis Palacios Riquetti</i>	119
• Poder político, economía y derecho en los últimos 60 años <i>Ximena Endara Osejo</i>	153
• Marco jurídico, institucional y políticas ambientales públicas <i>Iván Narváez</i>	169
• Ciencia y tecnología en Ecuador: una mirada general <i>Máximo Ponce</i>	189
Política	
• Evolución política, participación y nuevo diseño institucional <i>Ramiro Viteri G.</i>	203
• Política y movimientos sociales en Ecuador de entre dos siglos <i>Jorge G. León Trujillo</i>	207
• Participación, desconfianza política y transformación estatal <i>Franklin Ramírez Gallegos</i>	231
• Transición hacia el centralismo burocrático <i>Guillaume Fontaine y José Luis Fuentes</i>	247
• Instituciones políticas y consolidación democrática en Ecuador <i>Marco Córdova Montúfar</i>	263
Social	
• Las políticas sociales en Ecuador del siglo XX <i>Betty Espinosa</i>	285
• Educación 1950-2010 <i>Milton Luna Tamayo y Alfredo Astorga</i>	291
• Tendencias en las oportunidades y acceso de los estudiantes a la educación superior <i>David Post</i>	307
• La salud de la población: medio siglo de cambios <i>Margarita Velasco A.</i>	323
• El tránsito a los derechos <i>Soledad Álvarez Velasco</i>	343



Quito, 1945. Entrega de la maqueta definitiva de la Casa de la Cultura Ecuatoriana

1. Cultura

LA CULTURA, LAS CULTURAS Y LA IDENTIDAD

Nelson Reascos Vallejo

Profesor de la PUCE

Desde la Antigüedad —pero nunca con tanta importancia como hoy— los seres humanos dependemos de la cultura para sobrevivir. En efecto, la cultura significa entender y aprehender nuestro entorno, aumentar el volumen de nuestra información, “acercar el mundo a nuestra mente”, dar sentido y validez a las acciones, poner en duda ideas previas, inquirir lo nuevo. En síntesis, la cultura nos conduce a “ser más”, reinventarnos, agrandar nuestro mundo de comprensión y referencia y, en tal virtud, modificarnos de manera constante. La cultura nos identifica, nos construye como *seres valiosos*, nos proyecta nos dignifica.

La cultura —y sus múltiples particularidades— pone en acción a muchas y superiores habilidades humanas: el pensamiento y la imaginación, el razonamiento y la capacidad de invención, el saber y el hacer, la vinculación y comunicación con los parecidos y diferentes. Se mueve genialmente entre la realidad y la fantasía, entre el ser y el deber ser, entre el acierto y el error, entre el amor y el duelo, entre la vida y su negación. Por todo ello, la cultura también está impregnada de erotismo, de tensión y pulsión por lo nuevo.

Gracias a la producción cultural, todos los pueblos han tenido en el pasado, como lo tienen hoy, los conocimientos necesarios para subsistir y reproducirse. Construir viviendas, alimentarse, cuidar y curar enfermos, elaborar instrumentos de trabajo, organizar la familia y la comunidad, sin cuyas funciones no hubieran subsistido. Todas las actividades humanas son posibles gracias a los conocimientos que los hombres tienen. Los conocimientos son, por lo tanto, *verdaderos, legítimos, válidos, útiles* y, sobre

todo, *correlativos a las necesidades de las comunidades*. Desde esta perspectiva, la práctica que hace posible la producción de conocimientos es el eje de la cultura y permite concluir que no existe ningún pueblo ignorante.

Crear, recrear, modificar y adaptarse a un determinado ecosistema significa conocer el funcionamiento de la naturaleza, así como las mutaciones y leyes que rigen a la flora, a la fauna, a los objetos y a los hombres mismos. El conocimiento, entonces, surgió y se desarrolló indisolublemente unido a la práctica cotidiana y al trabajo. Es decir, el conocimiento es, sin duda, la principal fuente de saber y tecnología que los hombres poseen para sobrevivir y desarrollarse.

La cultura, dice Bauman (2007), “apunta más alto que cualquier cosa que pase por ser realidad, la cultura sobrevive, perdura y trasciende a toda acción humana, (...) un objeto es cultural si sobrevive a cualquier uso que haya intervenido en su creación”.

Desde sus orígenes más remotos, los seres humanos no solamente pretendieron conocer el funcionamiento de la naturaleza para adaptarse a ella, sino también buscaron encontrar explicaciones más profundas sobre la vida, la muerte y el sentido de la existencia humana. La magia, la religión, el mito y las artes son múltiples formas simbólicas que estructuran a la cultura y a la vida misma. Los alimentos y los ropajes, la gestualidad y los ritos, los lenguajes, así como la forma de amar, enfermar y morir estructuran el talante cultural de cada pueblo. Además, a la cultura le pertenecen las singulares formas de resolver los problemas, la adaptación y modificación

al medio ambiente, las habilidades, los hábitos, la organización social y política, las instituciones y tecnologías. *No existen ni individuos ni pueblos incultos.*

La cultura es un modo de ser, de pensar y de sentir. A la cultura le pertenecen el mundo de la vida y el mundo de las cosas. La cultura es un mundo de vida aprendido, creado y modificado constantemente. Constituye el legado histórico de cualquier comunidad o sociedad. La cultura, como dice Panikkar, es un *mito englobante* y tiene su propio *horizonte de inteligibilidad* como dice Heidegger. Las culturas no son folclore ni son especies abstractas de género supremo; por lo tanto, no existen universales culturales. Cada cultura se justifica, tiene sentido, se produce y reproduce, y también se transforma y se agota en sí misma.

La cultura es un contexto dentro del cual, con el cual y solo con el cual adquieren sentido y validez las acciones humanas: es, por lo tanto, el modo en que interactuamos con “los otros”, el modo de adaptarse a la naturaleza y el estilo de ejercer control sobre los recursos y, por supuesto, el modo de distribuir el poder. En síntesis, es el modo de concebir lo estético, el modo de ser feliz, de amar, de enfermar y de morir.

La cultura de un pueblo —por lo tanto— es el modo de ser, de pensar y de vivir. Los valores, las creencias, las suposiciones, las reglas y normas, y, sobre todo, las prácticas sociales y comunes constituyen y conforman la identidad cultural que, a su vez, da seguridad personal y colectiva al ser humano.

Las representaciones simbólicas, el sentido de lo sagrado, el sentido de la vida, la representación de la enfermedad y de la muerte son también elementos constitutivos de la cultura. La particular relación que cada pueblo establece con la naturaleza es otro elemento constitutivo del talante cultural de un pueblo. Como se ve, no existe realidad conocida ni intervenida fuera de la cultura. La cultura es, por lo tanto, el “recipiente” dentro del cual tiene sentido y valor todo acontecer humano.

Desde esta perspectiva, todo lo humano pertenece a la cultura. Por ello, existen miradas más acotadas sobre la cultura. Así, la Ilustración identificó a la cultura con la producción de ciencia y artes, y algunos autores refieren por cultura a un estado previo a la civilización. La complejidad cultural remite a varios y sutiles tratamientos sobre contraculturas,

subculturas, superculturas, transculturalidad, cultura de masas, industrias culturales, culturas urbanas, culturas juveniles, culturas nómadas y, más recientemente, culturas virtuales. Todavía más sensibles son los temas referidos a la “cultura universal”, hoy tan cuestionada, y la muy discutible noción ideológica de “cultura nacional”. En efecto, ¿existe algo que pueda ser llamada cultura universal? ¿A qué podríamos referirnos con cultura nacional? Hoy estamos lejos, muy lejos, del discurso homogeneizante de la cultura universal. No es políticamente correcto imaginar que unos pocos se encarguen de diseñar, organizar y distribuir los parámetros culturales que deben adoptar todos los humanos.

El término griego *ethos*, que se traduciría como hábito, costumbre, refugio, morada, vivienda, conlleva la noción del término cultura con una compleja significación. En el *ethos* está la noción de la cultura. Según Bolívar Echeverría (2000), el término *ethos* tiene la ventaja de un doble sentido: “invita a combinar, en la significación básica de ‘morada’ o ‘abrigo’, lo que en ella se refiere a ‘refugio’, a recurso defensivo o pasivo con lo que en ella se refiere a ‘arma’ o recurso ofensivo activo”.

A partir de este concepto, se puede comprender a la cultura como condición de posibilidad de sobrevivencia, de emancipación y crecimiento, de resistencia y liberación, de cohesión social y libertad. Además, lleva implícita la noción de comunidad que, a su vez, implica diversidad y diferencia.

Toda cultura está fundamentada sobre una antropología particular: ¿Qué es el hombre? ¿Qué puede conocer y saber? ¿Qué puede hacer y esperar? (Kant). Para la cultura, la vida lo es todo; es una entidad, una propiedad y un proceso. De hecho, toda cultura revela, a su manera, la esencia, la característica y la dinámica del ser humano que, aunque diverso, “tiene cierta vocación universal”.

La cultura virtual

Las culturas se reinventan sobre todo a partir de las modificaciones tecnológicas. En los últimos años las tecnologías de la comunicación son las más avanzadas, las de mayor prestigio y alta rentabilidad. La comunicación es, por lo tanto, una industria, un negocio, una cultura, un *ethos*. Con la telemática se organizan las instituciones, los negocios, la investigación y la vida cotidiana. Por todo ello se dice que la

comunicación es ubicua y omnipresente. Asistimos, por otra parte, al nacimiento de *la cultura virtual y de la información*.

En efecto, a diferencia del pasado, la ciencia y la tecnología han penetrado todos los ámbitos de la vida humana. La producción de conocimientos, aparatos, técnicas, procedimientos, instrumentos y metodologías sucede con tanta velocidad, ritmo y magnitud que modifican —incesantemente— a los procesos sociales y culturales. Así, la tecnociencia se ha convertido en el aparato dinamizador de la historia. Este hecho se evidenció con la introducción, penetración y generalización de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación que, a su vez, aceleran de manera exponencial la velocidad de la sociedad del vértigo: la “cultura de *shock*” (Alvin Tofler).

Los estudiosos opinan que al mundo actual deberíamos nombrarle como sociedad global de la información, que se caracteriza por la *revolución digital* que evoca a la capacidad humana —muy humana— de inventar aparatos que permiten enviar muchísima información a la velocidad de la luz. Esta información contiene textos, sonidos, imágenes, movimiento, color, grafías y una extraordinaria cantidad de accesorios.

Es decir, el objetivo principal de la comunicación colectiva o social consiste en entregar la mayor cantidad de información a la mayor cantidad de gente, en el menor tiempo posible y con la mayor eficacia. Para ello se cuenta con máquinas de la visión, máquinas almacenadoras de información y con ciencias que optimizan esta práctica. Uno de los efectos de esta práctica es la constitución de nuevas formas sociales como la *sociedad red*, que se expresa en nuevas formas de organización e identificación, todas ellas virtuales (templos virtuales, comunidades virtuales, educación virtual, negocios, divertimentos, correos, etc.). Esto es posible si la información está “virtualizada”; por lo tanto, el contenido de la comunicación es la “realidad virtual”.

Todo gira alrededor de la imagen y la comunicación visual: es la constante que nos acerca y nos aleja, es el “lugar” de encuentro, pero no es exactamente un lugar, es un *ciberespacio*; se trata de no lugares que nos caracterizan como nuevas culturas nómadas o *tribus urbanas*. *Ver, ser vistos y verse* a sí mismos constituye a la cultura virtual como sociedad del espectáculo, sociedad de la pantalla o sistema mundo.

En la antigua cultura romana, a los muertos les colocaban una máscara de cera con la finalidad de “mejorar” el rostro, de hacerle “presentable” al difunto, de darle una cosmética que dulcifique el “rictus cadavérico”. A esa máscara de cera se le llamaba —en latín por cierto— *imago*, de donde proviene la palabra imagen. Pues bien, asistimos a un *ethos*, un “lugar común”, una práctica donde predomina la imagen, el “buen ver” y la cosmética, aun por encima de la ética. Ese fenómeno es también parte de la cultura virtual.

El proceso cultural ecuatoriano

Lo que hoy llamamos *Ecuador* es una realidad compleja, diversa, fértil, valiosa y fundamento de nuestra dignidad. El rasgo más característico es su diversidad cultural, fruto de un proceso social, político e histórico no menos complejo. De hecho, la Constitución actual define al Ecuador como un país multicultural e intercultural. De hecho, la convergencia y divergencia son sus características más notorias, que configuran su sincretismo cultural.

La “sociedad ecuatoriana” resulta de un largo proceso histórico donde intervienen muchos pueblos y culturas. Bastaría recordar que en la conformación cultural ecuatoriana intervienen muchos pueblos ancestrales y culturas indígenas, la presencia española, las inmigraciones árabes, del pueblo vasco, la presencia de los judíos sefardí, la diáspora africana, etc., y más recientemente la presencia de asiáticos, gitanos y de otras nacionalidades. Todo ello ha influido en nuestras costumbres, instituciones, gastronomía, lenguajes, convirtiendo a nuestro Ecuador en un estado de extraordinaria riqueza y diversidad cultural, en un “*ethos* barroco”, compartido con otros pueblos de la región.

El *ethos* barroco refiere a las características particulares de nuestra identidad:

- La preeminencia del colectivo sobre el individuo (gregarismo).
- La conciencia desdichada (sospecha, queja y pesadumbre y telurismo permanentes).
- La heterogeneidad negativa.
- La indemarcación entre la fantasía y la realidad (realismo mágico).
- La estética del miedo y del dolor.

- El temor al vacío y la llenura.
- La inclusión y exclusión simultáneas.
- La incompatibilidad permanente.
- El contraste armónico.
- La oscilación.

Según Carlos Cullen (1978), estas características explican la oscilación entre alegría y dolor, entre rigidez y flexibilidad, entre reciprocidad y exclusión. Bolívar Echeverría cree que el *ethos* barroco explica nuestra religiosidad, nuestra arquitectura y, por cierto, nuestra política. Nuestro barroco incluso se manifiesta en la diversidad natural y regional. Se trata, sin duda, de nuestra mejor riqueza. Con frecuencia hemos creído negativas nuestras características, por efectos de la dominación política. Hoy pretendemos dignificarnos en la diversidad y complejidad. No tenemos por qué avergonzarnos de ser un pueblo que “baila sus tristezas” como nos describió Humboldt.

La cocina, el arte, la arquitectura, el juego, la alegría, la solidaridad y sus opuestos son manifestaciones aventajadas de nuestra identidad. Hoy lo sabemos, lo reconocemos y, sobre todo, lo valoramos y dignificamos.

La diversidad convoca a la interculturalidad, al reconocimiento y aceptación de los diferentes. En el pasado creíamos —como efecto del modelo homogeneizante— que la diversidad era negativa y que los *diversos* debían ser integrados a la cultura única y universal. Ahora estamos preparados para apreciar y ponderar la riqueza y diversidad.

Que nuestro país es multicultural no cabe duda; en cambio, la construcción de la *interculturalidad es un deber ser*, una tarea política pendiente y urgente.

Varios autores del siglo XX, entre ellos, Heidegger, Habermas, Adela Cortina y, desde América Latina, Leonardo Boff y Enrique Dussel han construido una nueva “mirada” sobre los diferentes: la otredad y la interculturalidad.

La otredad es un nuevo *ethos* que pretende reconocer a los diferentes como diferentes, en cuanto tales, sin la pretensión de asimilarlos o educarlos. La otredad es una nueva ética que busca convivir con los diferentes sin descalificarlos. Los otros son todos aquellos que no son como yo. Sin embargo, aunque

distintos, son iguales en valor y derechos. Distintos, diferentes, pero al mismo tiempo iguales, es la nueva filosofía de vida.

Hasta aquí fuimos educados para “ver” a los indígenas o afrodescendientes como diferentes pero inferiores, a los homosexuales como diferentes pero equivocados, a los campesinos como diferentes pero sin cultura. Por lo tanto, se legitimaba la represión y la *educación* como mecanismo de incorporación al modelo correcto.

La otredad y la interculturalidad, en cambio, proponen verlos como distintos pero iguales como sujetos de derechos. La otredad, como principio de acción, parte del supuesto de que es un derecho la diferencia y que cada humano puede decidir sobre su identidad y cultura. No existe, por lo tanto, una cultura superior, una forma única y correcta de pensar y vivir que casi siempre es la propia.

La *teoría de la alteridad*, muy actual por cierto, supone algo similar a la otredad: *yo* debo reconocer al *tú* como diferente pero igual, porque desde la perspectiva inversa *yo* sería *tú* y el *otro* su *yo*. Si *yo* no lo reconozco como diferente e igual —a la vez— corro el riesgo de que el otro no me reconozca como diferente pero igual. Por lo tanto, la alteridad no es una postura moralista sino una necesidad de establecer relaciones entre iguales. Si no reconozco, acepto y estimo a los diferentes, podría sufrir el rechazo del otro que es *mi tú*. *Si mi yo es un tú para el otro y viceversa*, entonces estamos en condiciones de igualdad originaria y radical: somos distintos pero sin jerarquía.

Estas ideas nuevas se consignan en la Constitución, ya que en ella se establece que somos un país multicultural e intercultural. Para ello tenemos que avanzar en la *gestión de la diversidad cultural*.

Se trata, entre otras tareas, de valorar la diferencia. Para ello tenemos que adelantar los arbitrios y recaudos para que los diferentes sean visibles, audibles y cogestores de la realidad cultural ecuatoriana. La gestión de la diversidad debe suponer:

- **Inclusión.** Remite a la necesidad de hacer visibles, audibles, a todos. Asumir, convocar y respetar a todos es la tarea.
- **Participación.** El ejercicio de la ciudadanía implica ampliar la base social de participación en

la toma de decisiones y gestión de la cultura, de la política y la administración de la sociedad.

- **Compensación.** Para corregir las desventajas, exclusiones, discriminaciones e inequidades sociales, económicas y culturales, hay que garantizar las acciones afirmativas que ayuden a disminuir la brecha de inequidades. El acceso a los bienes, servicios y oportunidades debe fundarse en la interculturalidad.
- **Diálogo.** La interculturalidad solo a partir de la convergencia dialógica entre iguales. Integrar a los diferentes en el mismo proyecto político y social no es interculturalidad. Se trata de construir un país para todos los “diferentes nosotros” que en él habitamos. Solo se puede construir a partir de un diálogo entre iguales en quehacer.

El informe *Estado del país* de los últimos años, en el capítulo de cultura, ha creído conveniente presentar cuatro estudios:

- “Análisis de la política cultural del Estado ecuatoriano”, a cargo del Dr. Fernando Tinajero, escritor, ensayista y gestor cultural.
- “La diversidad cultural y étnica”, a cargo del Dr. Luis Montaluisa, escritor, experto en lingüística y cultura indígena.
- “Las instituciones culturales”, a cargo del Dr. Carlos Landázuri, historiador y exdirector del Departamento de Cultura del BCE.
- “La cultura en el sentido ilustrado”, a cargo del Dr. Rodrigo Villacís Molina, escritor y experto en gestión y producción cultural.

Bibliografía

- Bauman, Zigmunt (2007). *Vida líquida*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Echeverría, Bolívar (2000). *La modernidad de lo barroco*. México: Editorial Era.
- Cullen, Carlos (1986) “El *ethos* barroco. Ensayo de definición de la cultura latinoamericana a través de un concepto sapiencial.” En C. Cullen. *Reflexiones desde América*. Tomo I. *Ser y estar: el problema de la cultura*. Rosario: Fundación Ross.